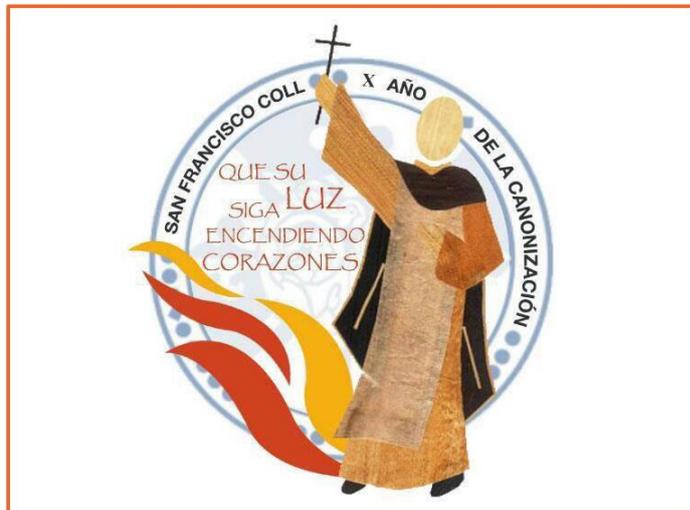


TESTIMONIOS SAN FRANCISCO COLL OP.





◉ DEVOCIÓN MARIANA

“AMABA A LA VIRGEN Y SU DEVOCIÓN PREFERIDA ERA EL ROSARIO, NUNCA LO DEJABA DE SU MANO”.

“La villa de Moyá fue de las primeras que celebró con solemnidad la devoción del mes de María. P. Coll fue el primero que con su celo infiltró en el corazón de los moyanenses el rezo de las cinco Avemarías, con la jaculatoria del santísimo nombre de la Virgen. Aún late mi corazón al recordar la unción con que las rezaba y explicaba su significado... P. Coll recomendaba con eficacia el rezo del Santísimo Rosario y la oración *Verge y Mare de Deu* a padres e hijos. Su ejemplo me movió a rezarla en familia y en el templo al ser Vicario, Ecónomo y Párroco. ¡Tanta fuerza tiene en los niños el ejemplo de un buen Sacerdote!”

(Testimonio del P. Leodegario Torruella)

“No sólo era devotísimo del Rosario, sino que ponía especial empeño en que se rezase con las convenientes pausas y con atención a los misterios; él lo rezaba tan entusiasmado, que levantaba mucho la voz, tanto que desde la calle podían contestarle”.

(Testimonio de H. Micaela Godayol Vilà)

"En Villanueva y Geltrú recuerdo que predicó una Cuaresma y un mes de mayo, obrando muchas conversiones. Después de hacer ver, con su fervor y espíritu grande para salvar las almas, la gravedad del pecado, con su voz hacía temblar el templo, mas con su dulzura animaba con la confianza en la Virgen Santísima; de modo que abrazaba a los pecadores con amor de padre y (lo que se creía imposible) movía a unos hombres tan obstinados, pues Dios se valió de él para su conversión. Antes de empezar la función, estaba él ya en la iglesia esperando empezase el santo Rosario, rezándole con tal fervor y en voz tan sonora, que parecía resonaba en todo el templo; de modo que su ejemplo era en extremo grande”.

(Testimonio de H. Rosa Miró Carbó)

“Su devoción a la Virgen Santísima era grande, solía llevar el Rosario en la mano, tenía ratos de oración además de los ordinarios de comunidad (...) En los sermones prefería la misericordia; y para animar a la perseverancia, excitaba a la devoción del Rosario, alistando a millares en el

Rosario perpetuo. Predicaba gratis, y si algo recibía, lo distribuía a los pobres o a las Hermanas, después de su fundación. En Barcelona predicó un mes de Mayo con muchísimo fruto. El pueblo le tenía por un Santo, muchos sacerdotes le pedían consejo. La última vez que le vi en Barcelona [ya enfermo], tenía como de costumbre el Rosario en la mano, y me dijo, recomendándose a mis oraciones: "¿te acordarás de mí?, no me olvides; Dios me da el premio, quitándome la vista, este Rosario me sirve de libros y de todo."

(Testimonio del P. Domingo Coma Lacot, compañero de noviciado del P. Coll)

[Siempre rezaba el Rosario por los caminos] "Siguiendo su costumbre, jamás interrumpida, se puso a rezar en voz alta, ante todos los viajeros del coche, el Santísimo Rosario. Fuera porque la devoción hacía al P. Coll expresarse con entusiasmo, fuera por el afán de mostrar espíritu fuerte, fuera por otros motivos, lo cierto es que un soldado, lejos de imitar a otros viajeros, puso cierto empeño en ridiculizar aquella devoción con risas descompasadas y otros ademanes, fáciles de concebir. El P. Coll, que advirtió la turbación de las postulantes, sin mostrar hacia el causante la menor señal de disgusto, se dirigió a las futuras Hermanas y demás viajeros, diciendo estas solas palabras: 'amemos a Dios'."

(Testimonio de H. Teresa Bernarda Gallomet Puig)

[Cómo entendía el P. Coll el rezo del Rosario] "La causa del poco provecho espiritual en un alma es la falta de meditación; y así quien de veras ansía adelantar en el importantísimo negocio de su salvación eterna, conviene que se ejercite todos los días en la oración mental o en santas meditaciones. Este es el motivo, por qué la Santísima Virgen industriosamente amorosa, y anhelando el mayor bien y la salud eterna de las almas, ideó e instituyó la sagrada devoción del santísimo Rosario, uniendo el rezo de las oraciones con la meditación de los misterios. Oración vocal y mental son las dos alas que ofrece el Rosario de María a las almas cristianas (...) y si en el orden natural es evidente temeridad intentar remontarse con una sola ala; es también manifiesto error en lo espiritual, pretender copiosos frutos del sagrado ejercicio del Rosario, usando de la sola ala de la oración vocal, sin aplicar la atención y consideración a los divinos misterios".

(Escritos pastorales de san Francisco Coll: "*La hermosa rosa*")

[Confianza en María. La Congregación, obra de María] « ¿Dudaréis un instante solamente si lograréis las gracias que necesitaréis (...)? ¿Dudaréis rezándole con toda la devoción posible el Santo Rosario, si lograréis o no la propagación, aumento y extensión de este santo Instituto para dar gloria a Jesús y a María, y ayudarles a salvar las almas? Afuera, afuera de vuestros corazones este temor, no lo dudéis, estad ciertas que este santo Instituto es obra de María; sí, sí, no tengo duda alguna que María del Rosario lo ha puesto bajo la sombra, protección y amparo del Santo Rosal. Si me fuese posible dar las razones de mi fundamento para asegurar lo que digo, nadie diría otra cosa sino que es obra de María Santísima del Rosario: pero ya hablan las obras. En el año 1856 me concedió

licencia el Señor Obispo Palau en su mismo palacio para plantar este rosal, y ya cuenta ahora con 46 fundaciones. ¿Y no es esto obra de María? (...) Continudad, continuad, oh amadas Hermanas vuestro rezo del Santo Rosario, y estad ciertas de que si hasta ahora [este Instituto] ha dado frutos admirables para la gloria de Dios y bien de las almas, más y más abundantes serán de hoy en adelante; si hasta ahora se ha extendido tan portentosamente, si sois verdaderas hijas de María y Esposas de su Hijo, este santo Instituto no cesará hasta ser extendido y dilatado por toda la tierra.»

(Palabras del Padre Coll a las Hermanas en el “Proyecto de Constituciones”, 12 años después de la fundación de la Congregación, en *Obras Completas* p. 295)

[“Amad a María”] “Lo que os encargo de un modo particular, ¡oh benditas Hermanas!, es que profeséis una cordial devoción a María Santísima. Sí, sí, amad a María porque ella ama a los que la aman, y los que son solícitos en buscarla, la hallarán. Tiene en su poder las riquezas, la gloria y la abundancia, para enriquecer a los que le entregan su corazón, esto es, a los que acuden a ella con una verdadera confianza. ‘Venid a mí todos los que me amáis, y hallaréis en mí el manantial de bienes, de los cuales seréis colmados...’. Si os halláis en el mar de este mundo en peligro de ahogaros por las tempestades de las tentaciones que os moverá el terrible enemigo de vuestras almas, ya de soberbia, ya de ira, ya de envidia, ya de impaciencia, ya de vanagloria, y ya de otras especies; acudid, acudid luego a vuestra amada madre María, como hace el tierno niño, al verse en peligros, con su madre, y decidle: “Madre, ayudadme, asistidme”. Si os ataca con temores excesivos... invocad a María, os diré con San Bernardo. En los peligros, en las dudas, o perplejidades de vuestras conciencias, invocad a María, rogad a María y seguid a María, que siempre saldréis victoriosas del enemigo”.

(Palabras del Padre Coll a las Hermanas en la “Regla o forma de vivir de las Hermanas”, 1863)

○ HOMBRE DE ORACIÓN Y DE FE PROFUNDA



HOMBRE DE ORACIÓN

“Oí decir a su hermana Teresa que muchas veces no se acostaba hasta después de las doce, y sin embargo, iba tan de mañana a la iglesia, que solía encontrarla cerrada. Pienso que no perdió la presencia de Dios”.

(Testimonio de Hna. Rafaela Antonell Escayola)

“Aun yendo de viaje hacía oración, y que invitaba en los carruajes a los viajeros a rezar el rosario, y era el primero en rezar el Ave María, cuando el reloj daba la hora”.

(Testimonio de H. Magdalena Bonet Piquer)

"En la oración no se cansaba, y se le veía permanecer delante del altar por mucho tiempo sin poder observar que se moviese, y cuando hablaba tenía a la gente pendiente de sus labios, y sus palabras tranquilizaban como dichas por un Santo."

(H. María Buenaventura Padrós Canal)

"Hizo las Reglas primitivas sólo con Dios; pues a este fin pasaba las noches en oración, y de ella fueron fruto; cuando las tuvo escritas, fue a firmarlas delante del Sagrario".

(Testimonio de H. Rosa Masferrer Terradellas)

[Enseñaba a rezar a las Hermanas] “Oraba siempre de rodillas, nunca sentado. Como por no haber cabido en la primera Casa, estuve dos meses y medio en la suya, noté que a la una y media de la noche hacía ruido, y estaba en oración. Aunque tan partidario de la oración mental, recomendaba con mucho encarecimiento el rezo del Santísimo Rosario, y encargaba que se rezase en voz muy alta; él, por su parte, así lo hacía, mostrando grande contento, cuando veía que nosotras así lo hacíamos. Tan amigo era de la oración, y tan partidario de que la hiciésemos bien, que no sólo nos enseñaba a hacerla especulativamente, sino prácticamente, tomándose la molestia de dirigir toda nuestra

oración mental; durante la cual decía algunas veces: "renovemos la presencia de Dios", y hacía reflexiones adecuadas a lo que de antemano había leído y al estado presente de nuestra alma... Es difícil averiguar cuánto tiempo gastaba en oración, observé sin embargo, que a pesar de no haberse acostado a la una y media de la mañana, era muy madrugador, y que cuando a las cuatro de la mañana nos llamaban, él ya se sentía”.

(Testimonio de H. Paula Prat Aguilar)

[Enseñanzas sobre la oración] “San Bernardo exhortaba a Eugenio, antes de ser Papa, que jamás dejase la oración por causa de las ocupaciones del mundo. Temo, le decía, que la multitud de negocios, si dejáis la oración, no os conduzca a endurecer vuestro corazón (...) Sin la oración, no hay fuerzas para resistir a las tentaciones de nuestros enemigos, ni para practicar las virtudes. La oración es como el fuego con respecto al hierro, el cual, cuando frío, es sobrado duro y muy dificultoso el labrarlo, al paso que puesto al fuego, se reblandece y toma fácilmente la forma que desea darle el artífice: así nuestro duro corazón es incapaz de sujetarse a la observancia de la ley santa del Señor; pero con el fuego de la santa oración, se inflama, se enternece, se vuelve dócil y blando, por el influjo de la gracia que se le comunica en la oración, y por medio de ella se dispone fácilmente a obedecer y practicar lo que le manda la ley santa de Dios nuestro Señor. La oración es comparada por San Juan Crisóstomo a una clara y cristalina fuente colocada en medio de un jardín, el cual regado de continuo por las aguas de la fuente, ofrece siempre hermosas flores y frondosas plantas; veréisla siempre crecer a aquella hermosa planta y que da frutos en abundancia: así el alma dada a la santa oración, veréisla siempre crecer en santos deseos, y en frutos de santas virtudes. ¿Quién da fuerza al alma para practicar con tanta perfección la virtud? La santa oración. Quítese la fuente del jardín, y veréis de repente marchitarse flores y plantas...”

(Enseñanzas del P. Coll sobre la oración en la *Regla o forma de vivir de las Hermanas*, Cap. II)

FE Y CONFIANZA EN DIOS

"Él siempre mostró grande confianza en Dios Nuestro Señor, y como experimentábamos tanta pobreza y algunas Hermanas querían volver [a sus casas], él las decía que no temiesen y tuviesen confianza, porque con la ayuda de Dios todo se arreglaría".

(Testimonio de H. Sabina Morer Pons)

[Confianza en Dios y María] "Habiendo fundado ya su Congregación de Hermanas para la enseñanza de las niñas, el Señor quiso probarle, enviándole una grave enfermedad. Como su Instituto, a manera de planta delicada y recién nacida, necesitase de los cuidados asiduos del que la plantó, cultivaba y regaba con útiles instrucciones, era no poca la ansiedad de algunas personas que se interesaban por la importante obra del P. Coll, temiendo no pudiese del todo, si llegase a faltarles el apoyo de su fervoroso fundador. Por el contrario, el buen Padre tenía tanta confianza en la Madre de Dios, que no dudó en que ella supliría por algún medio su falta con ventaja. Al conocer él la

gravedad de su indisposición, recurrió a María Santísima y la suplicó se dignara poner bajo su maternal protección a sus buenas Hermanas y desde entonces ya no pensó en ellas, entregándose en las manos del Señor con grandes deseos de que se cumpliera en él su santa voluntad. El mismo Padre me lo refirió, estando ya convaleciente y fuera de peligro".

(Testimonio del P. Jaime Clotet y Fabrés, C.M.F.)

[Fe y Confianza en la Providencia Divina] "Aunque el Padre salía a las tres de la mañana a buscar dinero para pagar a los jornaleros, pues llegaron a amenazarle con la cárcel [a causa de una estafa de una persona de confianza, había contraído grandes deudas en S. Andrés de Palomar], y el dueño a decirle en términos violentos: "Vd. es el amo, pero yo tengo las llaves, y nadie podrá entrar"; y aunque el vencimiento del alquiler de la Casa-Colegio a todos hizo desmayar, él jamás perdió la confianza. En tan grande apuro, se fue a Barcelona a predicar una novena en la iglesia de Montesión ... pareciéndole que por eso no debía interrumpir la sagrada predicación y echando en Dios todo su corazón, para que Él lo dispusiera por medios que nadie alcanzaba. El efecto correspondió a sus esperanzas. Apenas empezó la novena, y predicó con el fervor de costumbre, se sentó en el confesonario. Entre las personas que se acercaron a sus pies, había una señora grandemente atribulada. Moviada por la unción de sus palabras y por el renombre que el P. Coll en Barcelona tenía, le expuso su situación, buscando algún consuelo. El P. Coll, que de todo tomaba pie para encaminar las almas, después de consolarla con aquellos grandes recursos que le suministraban su experiencia, sus conocimientos y sobre todo, su grande amor a Dios, la dijo: "no se apure V., que también me prueba Dios a mí con una grande tribulación". Y le contó lo que le pasaba en San Andrés. Terminada la confesión, con notable consuelo de ambos, fue a buscarle dicha señora, y le entregó de limosna, para que saliese de aquel tremendo apuro, cuatrocientos duros. No quiso el buen Padre dilatar la noticia a los que en San Andrés partían con él el cáliz de la tribulación; inmediatamente se trasladó, pagó las primeras y más apremiantes deudas, y alabando la providencia de Dios, dio parte a las Hermanas del inesperado auxilio, exhortándolas a que diesen gracias a Dios y siempre pusieran en Él su confianza; pues con un hecho tan palpable veían cómo realmente se cumplía aquel reto del Profeta: ¿Quién ha esperado en Dios, y ha sido confundido?."



○ Predicador infatigable

GRAN PREDICADOR, ATRAIÀ A LAS PERSONAS CON LA PALABRA DE DIOS

"El que hace prodigios es el buen Padre Coll, y no sé cómo componer y dar gusto a los que me lo piden. En el día hace un largo novenario en Castellbó, y hasta de diez horas acuden las gentes a oírle, y hacen su confesión general. Los pueblos, verdaderamente, tienen hambre de la divina palabra, y cuando encuentran algo que les hable al corazón, se rinden y mudan de vida. Dios nos dé muchos hombres apostólicos como el P. Coll, y Dios nos volverá a la paz, que tanto necesitamos".

(Testimonio de Fr. Simón Guardiola, Obispo de Urgel)

"En cuanto a lo que me pide de mi amigo y compañero P. Francisco Coll, misionero apostólico, no es fácil por ahora satisfacer sus buenos deseos de usted; porque son tantas las cosas que puedo decir de este varón de Dios, que necesito amanuense para referir las cosas ocurridas en las treinta y dos poblaciones que evangelizó en este grande Obispado. Yo nunca he visto predicador tan fervoroso, tan humilde y tan simpático y al mismo tiempo tan prudente, que arrastraba los corazones de todos. Modulaba la voz como quería, ésta era clara y penetrante, que conmovía el auditorio de un modo admirable".

(Testimonio de P. José Nofre Sansa, compañero de predicación)

"Siendo el que suscribe todavía estudiante, conoció al P. Coll. En la iglesia de Santo Domingo de esta ciudad predicaba un día un sacerdote con un fervor nunca oído. Me llamó la atención, y salido que hube de la iglesia pregunté quién era, y me contestaron: "el P. Francisco Coll, religioso Dominicano". En adelante ya no me admiré de que la fama publicase que el P. Coll convertía muchas almas; pues aunque no se sirviera de elocuencia humana, no podían dejar de rendírsele al oír aquellas frases, salidas del corazón encendido en el amor de Jesucristo y en vivísimos deseos de cooperar a la salvación de los pobres pecadores".

(Testimonio del P. Jaime Clotet y Fabrés, claretiano)

"Su fe era viva y constante, como lo prueba la manera de predicar las verdades eternas. Casi en todos los sermones decía que habíamos sido criados para el cielo. *Al cielo, al cielo, hermanitos, al*

cielo, al cielo, a la vida eter...na, a la bienaventuran...za eter...na. Estas palabras, dichas con la unción con que él las decía, enternecían a casi todo el pueblo, haciendo asomar lágrimas en los ojos. Añadía inmediatamente el acto de contrición con aquella palabra tan sentimental (...). La salvación la hacía fácil, mediante los Santos Sacramentos y la intercesión de la Virgen. Predicaba a la apostólica, como acostumbran a decir algunos, cuando se predica sencillo; en general, predicaba para el pueblo, y éste correspondía".

(Testimonio de Ignacio Perramón Cornet, Presbítero)

[Predicador de la reconciliación] "En Torà, pueblo también de la provincia de Lérida, pasó algunos días predicando y confesando. Allí contó, a petición nuestra, cómo se había arreglado para predicar la oración fúnebre después del incendio de Moyá [a causa de la guerra civil]. Dijo que para salir del apuro y no abrir más llagas, que aún chorreaban sangre, aunque por tres veces le habían aconsejado que no predicase, empezó el sermón con estas palabras: "¡Pobres hijos! ¡Pobres madres! ¡Pobres esposas!" Cuando vio que todos lloraban les excitó a los sufragios y a que cesasen los partidos".

(Testimonio de H. Francisca Font Serrats)

[Continuó predicando ya ciego) "Por conclusión diré que mi madre y otras personas me contaron que al pasar el P. Coll, ciego, la última vez por Moyá, su llegada cundió por toda la villa con la rapidez del rayo, y deseosos los moyanenses de oír su sermón, unánimes y llenos de alegría decían: "Mosén Francisco Coll predicará". Tocó la campana, y acudió tanta gente que, el grandioso templo parroquial quedó completamente lleno de fieles, ávidos de oír por última vez al Padre Coll. ¿Qué les diría en su último sermón? Él conocía a los moyanenses, y les amaba en Cristo Jesús. Mi madre me contó que todos lloraban a lágrima viva, cuando dirigió su tierna y fervorosa súplica a nuestra Señora de [la] Misericordia, Patrona de la villa y parroquia de Moyá".

(Testimonio de Leodegario Torruella, Presbítero)

[Crónica de una Misión] "Nos escriben de Orgañá: 'Esta villa acaba de lograr una de las mayores dichas. Conociendo los evangélicos misioneros que por disposición de nuestro venerable y virtuosísimo prelado recorren el obispado cuán importante sea renovar de vez en cuando el espíritu de los pueblos ya evangelizados, acaban de verificarlo entre nosotros con felicidad sorprendente. El 4 de enero nos llegó la santa misión, compuesta de los celosísimos señores P. Francisco Coll, P. Juan Vidal, P. Ignacio Serra y el R. don Francisco Sansa (...). El recibimiento fue, ya que no correspondiente al distinguido mérito de estos varones apostólicos, por lo menos digno de los piadosos sentimientos de esta muy agradecida villa. Orgañá conserva los más gratos recuerdos de la misión pasada, y así lo acreditó en la recepción de la nueva. El Clero, el Ayuntamiento, lo más selecto de la población, crecido número de jóvenes estudiantes y niños conducidos por su maestro, salieron a recibir, y nos introdujeron tan envidiables huéspedes. Dirígense ya todos al templo para dar gracias al

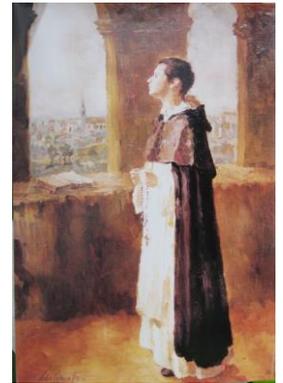
Todopoderoso, y allí postrados fervorosamente ante el Padre de las Misericordias le suplican su divina bendición para la villa y la comarca. Ya todo es animación. En los corros, entre las familias, en la villa y en el campo, no se habla ya si no de la santa misión. Al anochecer se improvisa una procesión sobremañera edificante, en la que los PP. Misioneros cantaban unas coplillas excitando a penitencia. El templo se atesta de gente. El labrador, el comerciante, el artesano, todos abandonan sus ocupaciones y corren presurosos a oír la divina palabra. "El P. Coll (conocido aquí vulgarmente por el nombre de P. Francisco), el apóstol de estas montañas va a subir al púlpito". ¡Qué avidez! ¡Qué ansiedad para que no se escape una sola palabra! Todo el auditorio está pendiente de sus labios... *Pax vobis*, nos anuncia: la paz a vosotros. Y sobre estas dulces palabras de nuestro adorable Salvador desenvuelve y patentiza las más consoladoras verdades en un notable discurso, no menos luminoso que santamente sencillo. Concluido el sermón anuncia que él y sus compañeros, a fin de no ser en manera alguna, gravosos a los pueblos, quieren vivir únicamente de limosnas. No apetecen recompensa ni satisfacción de ningún género: buscan únicamente las almas para Jesucristo. Ni siquiera el propio sustento exigen. *Si por amor de Dios* quieren los fieles darles el alimento necesario para la vida, lo agradecerán, pero advirtiéndoles que no admitirán otra clase de alimentos que los más ordinarios: "Alimentos de pobres, dijo, pues queremos vivir como pobres" ¡Qué lección Sr. redactor, qué respuesta a ciertos ilusos (felizmente muy pocos) que se esforzaban en hacer cundir entre algunos sencillos pueblos de esta montaña la insidiosa voz de que las misiones acarrearán enormes gastos! (...)

Siguen los sermones. El concurso era muy numeroso. La compunción, no pudiendo ya ocultarse en el interior de los corazones, se reflejaba en los semblantes. Los fieles se agolpaban alrededor de los confesonarios, y se ven estupendas maravillas de la divina gracia.(...) En la Misión del P. Coll hay mucho amor de Dios; y cuando el amor de Dios abunda, todo se rinde. Conviértense extraviados, decídense vacilantes, robustécense los flacos, y sobre todo los buenos se confirman y enardecen. De todo es buen testigo esta villa (...)

Por la tarde hubo una magnífica procesión por las calles en triunfo a Jesucristo Sacramentado, tan concurrida que yo dudo haya habido otra igual de un siglo a esta parte; esmerándose estos vecinos con santa competencia en adornar los balcones y ventanas con lo más precioso que cada uno tenía, a fin de contribuir todos en lo posible al mayor realce de esta función verdaderamente grandiosa. Acto continuo se predicó el interesante sermón de despedida. A todo un P. Coll parecía en verdad que le faltaban las palabras, como él mismo confesó, para expresar su gratitud y la de sus compañeros, por las afectuosísimas demostraciones de estas buenas gentes. Por fin la Santa Misión se despidió, no sin grande sentimiento nuestro, dejándonos por prenda de su amor el don celestial que nos presagió a su arribo, la dulce paz, aquella paz que el mundo no puede dar, la paz de las conciencias, la única verdadera paz. Así terminaron aquellos brevísimos días, que quiera el cielo se repitan muchas veces. Nuestros Apóstoles se fueron a pie, así como habían venido. "Queremos vivir como pobres". La negra calumnia expiró a manos de la sencillez evangélica. Prosiga el Señor dirigiendo los pasos de estos sus siervos, y bendiga colmadamente sus trabajos y fatigas para la salvación de las almas".

(Extractos de la crónica de la Misión en Orgañá, aparecida en el diario *El Áncora* de Barcelona el 13 de febrero de 1851)

○Pobre, humilde y sencillo



PRACTICÓ LA POBREZA y EN SU CORAZÓN SIEMPRE HABÍA CARIDAD.

"El aderezo de su habitación no podía ser más pobre, más limpio ni más devoto. Consistía en una mesita, dos sillas el crucifijo de misiones, la cama y un díptico con una imagen de la Santísima Trinidad a un lado y de la Virgen de los Dolores al otro, díptico que tenía siempre abierto delante de sí cuando estaba sentado, ante el cual muchas veces le encontré arrodillado, y se conserva en Vich. Su vestido era pobre y tan remendado, que la señora Massot le dijo un día: "¿por qué va vestido tan pobremente?" -"Porque he prometido pobreza y he de observarla", contestó. Dicha señora tuvo que cortar las hilachas del manto [capa usada por los sacerdotes] (...) Solía llevar pedazos de pan en el bolsillo. Preguntado para qué los llevaba consigo, respondía: "son las primicias de los pobres". Algunas veces preguntaba a su hermana Teresa: -"¿qué hay para comer?" Oída la contestación, mandaba repartir la comida entre los pobres que esperaban en la escalera; se oponía su hermana, pero al fin ésta accedía, teniendo que hacer para él las llamadas farinetas, sopa de maíz.

Su pobreza en Moyá era notable; un día se quedó con sólo seis cuartos [monedas de poco valor], por haber repartido todo lo demás a los pobres; pues, austero consigo mismo, era dadivoso con los demás. Cuando se retiró a Vich, tuvo en su casa algunos estudiantes pobres".

(Testimonio de Hna. Rafaela Antonell Escayola)

"No sólo no se quejaba de la comida, sino ordinariamente rechazaba el extraordinario, y si le aceptaba, por no parecer terco, le repartía entre las Hermanas.

Sé, por haberlo oído en una casa de Balaguer, que no quiso cobrar sus sermones hasta que pensó fundar la Congregación, me acuerdo que dijo que no pasaba de cuatro duros lo que tenía cuando la fundó".

(Testimonio de H. Magdalena Bonet Piquer)

"Después de haber cantado Misa, fue destinado a Moyá; encontró la población anegada en luto y desconsuelo, por haber sufrido una derrota de los revolucionarios. Él fue el consuelo y apoyo de toda la población, porque tenía mucha caridad. Era entonces su corazón tan noble para con los pobres, que albergó en su misma casa a una mujer pobre, enferma y llena de llagas, a fin de que su hermana la curase y cuidase. De esta obra de misericordia resultó para él una calumnia terrible que

le puso triste y afligido y le obligó para hacer callar a las malas lenguas, a trasladar de casa a la pobre mujer.

Explicaba él cómo siempre había sido pobre. Cuando empezó la predicación ganaba algunos duros; pero viniéndole un día gana de contarlos, le asaltó mientras los miraba este pensamiento: "tú no vas bien"; desde entonces predicó siempre de balde, hasta que fundó nuestro Instituto; pues entonces los cobraba, para que las Hermanas tuviésemos algo que comer".

(Testimonio de H. Rosa Miró Carbó)

“Recordando al P. Coll, puedo afirmar que, durante su larga permanencia en Moyá, era el sacerdote ejemplar, celoso de la gloria de Dios, de la Virgen Santísima y de la salvación de las almas..., el verdadero tipo de San Francisco de Sales. Entre los habitantes de Moyá, mis coetáneos, era admirado el P. Coll: todos con confianza filial se dirigían a él, llamándole ¡Mosén Francisco, Mosén Francisco! y él siempre amable, siempre risueño, era el *pater pauperum*, el *consolator afflictorum* [padre de los pobres, consolador de los afligidos]. Buen campo confió el Superior eclesiástico al P. Coll, cuando le nombró Vicario de Moyá. Seguro estaría de su inagotable caridad; porque en aquella villa tuvo ocasión de ejercitar las obras de misericordia, espirituales y corporales, y las ejercitó. Es que los habitantes todos, después de incendiada la población, degolladas en el Colegio gran número de personas de ambos sexos, prisioneros de guerra la mayoría de los hombres, estaban sumidos en la desesperación, porque quedaron sin hogar, sin alimentos y sin vestidos... P. Coll fue el bálsamo eficaz de almas y cuerpos... Con los ojos humedecidos escribo y con ternura recuerdo que, siendo mi padre prisionero de guerra, y no teniendo mi madre otro pan para alimentarme, acudí a la puerta de la casa de P. Coll, que al decirle agradecido *Deu n'hi do* [expresión que significa que es mucho], él, lleno de amor y dulzura, me contestaba: *Llogari, al cel, ¿hi vols anar?* [Leodegario, al cielo, quieres ir?] Cuantos acudían a su casa, recibían con la limosna corporal la espiritual, el consuelo, recuerdo del cielo.”

(Testimonio de Leodegario Torruella)

“La primera Misión que hicimos fue en la villa de Manlleu. Después del primer sermón, el P. Coll dijo desde el púlpito al numerosísimo auditorio que nuestros deseos no eran otros que los de su salvación, que ninguna paga ni regalo aceptaría por nuestras predicaciones, y que nos contentábamos con el alimento necesario, por lo cual sólo pedíamos como de limosna los comestibles que espontáneamente quisieran llevar a la casa donde se nos había hospedado. Estas palabras no se dijeron al aire; el día siguiente nos trajeron muchos comestibles: de pan, vino, arroz, carne y otros. Llegaron a ser tan abundantes, que el referido Padre a los pocos días, dándoles las gracias, tuvo que decir que cesaran ya de ser tan caritativos con nosotros, porque las provisiones eran sobrantes, aunque la Misión durara más tiempo del que se había prefijado... Concluidas nuestras tareas en Manlleu, al ver el depósito de comestibles que todavía nos quedaba, se resolvió

distribuirlos a los pobres por medio de una comida sabrosa y abundante. Los distribuidores fueron el mismo P. Coll y los que teníamos la dicha de ser sus compañeros.”

(Testimonio del P. Jaime Clotet y Fabrés, CMF)

(*Testimonios recolectados por la Hna. Luciana Farfalla)

12/05/2019